

un ejercicio de soledad, inutilidad y declarada incapacidad de alegría. Es como si no tuviera motivaciones profundas para vivir pero proclamarlo consigue mantenerlo vivo. Y no olvidemos que su proclama está escrita, o sea que vida (mejor dicho: supervivencia) y literatura van juntas, en el sentido de que se dan garantías mutuas. Hace falta estar vivo para escribir y la escritura disipa la muerte, porque el mero hecho de ser humano le produce cansancio y repugnancia.

Este es quizás el lugar crítico de la personalidad de Sebastian, para quien madurar es perderlo todo antes de cumplir treinta años, despojarse en un ejercicio ascético, estoico, de apego estricto a la vida, a los mínimos vitales. Es, de alguna manera, lo que define su relación con Rumania, especialmente a partir de 1938, cuando empiezan las restricciones para los judíos: proyectar la emigración y no moverse de su tierra. Asegurar que eso que no hará nunca le permitirá imaginarlo perpetuamente.

Ciertamente, aunque no arrollador, tuvo éxito en el teatro. No así en la novela. Este diario, por su parte, no se exhumó hasta 1996, medio siglo tras la muerte del autor. Pero el teatro no era para él nada serio. Tal vez lo único que le gusta de la escena es que se trata del exclusivo lugar donde la gente no huye del trabajo, sino que lo busca, consiguiendo repetir gestos y expresiones convenidos.

Con lo anterior se relaciona el vínculo expresivo que Sebastian guarda respecto al dinero. Gane más o menos, con sus piezas teatrales, sus artículos, sus empleos de abogado y en las Reales Fundaciones, siempre le falta dinero y se siente al borde de la miseria. Hay una suerte de necesidad melancólica de estar cerca de la ruina, no sólo por un apego profundo a la decadencia como forma de vida, sino por estar pagando insensiblemente la deuda misma de la vida como una suerte de insolvente perpetuo. Al fondo, de vez en cuando, se oye una voz confusa, poderosa, inquietante. Es la siniestra voz de Dios, recóndita y horrible, que él trata de que no lo persuada a la obediencia. Es cuando Sebastian se pone a rezar. Se trata de una única jaculatoria: «Señor, hazme ateo».

Si se frota con cuidado esta superficie de melancólico quietismo decadente, me arriesgo a sostener que Sebastian fue un hombre apasionado. No lo digo en el sentido atropellado de la palabra, que confunde pasión y emoción. Por el contrario, creo en la pasión como algo frío y tenso, que nunca estalla pero que jamás desaparece y que puede afirmar toda una vida ante las suicidas alegrías y los sueños suicidas de personajes como nuestro escritor. Porque aquí sí que la literatura juega la baza más fuerte, el placer de escribir y el más alto aún, el de releerse.

Como toda pasión, la literatura es, para Sebastian, extremosa y contradictoria. Quien ama, odia y no puede sentir lo uno sin lo otro. Si la vida, el estar adherido al presente, soportar la insoportable presencia en el tiempo, es despreciable, no lo es quedarse en ella para escribir, sobre todo los libros que no podrá redactar, tanto que a veces preferiría tener otra profesión, la abogacía, sin ir más lejos, que no lo compromete a nada, pero lo saca del aquí y lo manda a ese *ailleurs* donde están todas nuestra vidas no vividas ni vivibles, la tierra utópica donde la presencia no sea culpable. Esa tierra donde no soñará con perseguidores (normalmente, nazis o pronazis que lo señalan como judío), donde morirá en un derrumbe y seguirá en el mundo como muerto o sea inmortal, donde no habrá de hablar en segunda persona a ese escucha desconocido, que no sabe él ni sabemos nosotros quién es, salvo que cada lector se ponga en su lugar, lo cual no está nada descaminado.

La vida como algo malo, como naturaleza caída cuya única redención puede ser individual y privada (la literatura o la música, por ejemplo) puede encaminarnos hacia el judaísmo. No se trata de una religiosidad asumida como tal, ya que Josef Hechter no dice creer en nada trascendente ni practicar ningún culto. Pero existe el antijudaísmo, activo y constante en Rumania, agresivo y criminal cuando el país cae bajo el dominio hitleriano. Es entonces cuando Sebastian se pregunta por qué lo tratan como Hechter, como judío, si él no practica ninguna religión. Empieza, por medio del verdugo, la construcción de una identidad de víctima y la recuperación, si cabe la palabra, de todo el odio a sí mismo, el *Selbst-Hasse* característico de la condición judía. Precisamente, empieza a concurrir a la sinagoga cuando se desatan las primeras persecuciones como tales, cuando advierte que, por ser judío para el verdugo antisemita, tal vez al día siguiente no pueda arrancar la hoja de hoy del almanaque.

Sebastian reprocha a los judíos el colocarse en el papel de las víctimas, acaso aceptando que Dios ha decidido su culpabilidad desde el trono de la ira. No reaccionan a las agresiones, no agreden, se sienten —como él, por su parte— feos, débiles, vestidos de ropas raídas, avergonzados, frente a esos agresores fuertes y hermosos, que a Sebastian le producen, todo por junto, alegría, admiración y humillación. Quizás haya que aceptar el terrible destino del judío, cuyo máximo ejemplo es Cristo, ese judío que ganó la gloria al precio del más humillante de los suplicios.

Lo más llamativo de esta situación me parece la relación de Sebastian con escritores abiertamente antisemitas. Es como si se hubiera establecido un pacto de convivencia con la mediación de una retórica agresiva: Rumania ha caído en manos del imperialismo soviético dominado por los judíos, etc. Es evidente que hubo en el país un antiguo terror a la presencia rusa,

luego comunista, a la proletarización y colonización de Rumania por parte del imperio eslavo. La opción por un protectorado alemán de signo nazi, puede tener este origen. Pero, en el caso de Sebastian, es curioso advertir que aguanta la presencia tanto de Mircea Eliade, a quien quiere y respeta, como de Camil Petrescu, a quien desprecia por acomodaticio, cínico y descarado. Petrescu es el ejemplo del chaquetero rumano, que se pasa la vida negando lo que ha sido (legionario, homosexual, pronazi) y pidiendo disculpas para ocupar posiciones.

Berlín o Moscú parece ser la única elección posible, pero que está vedada a los judíos. En general, sus amigos eligen Berlín. Algunos por terror (Eugenio Ionesco por tener la madre judía), otros por ser inteligentes y desprejuiciados pero cínicos y cobardes, como Émile Cioran. O ambiguos, como su admirado maestro Nae Ionescu, seguidor de Spengler, para el cual todos los grandes creadores son gente de la derecha.

Quizás a Sebastian toda esta intriga le pareció típicamente rumana. Rumania: país sin izquierdas, raramente de extremistas, rico en policías que reproducen policías, un suburbio propicio a los contubernios de arrabal, la prostituta balcánica que se somete para subsistir. Frente a él, el fantasma ruso, máscara de la omnipotencia judía, que produce terror en los antisemitas. Sebastian no se consideraba judío ni rumano, sino un campesino francés, el hombre en quien empieza la democracia.

Lo más intenso de estos diarios es el lento goteo de castigos y exterminios a que se ven sometidos los judíos. Es muy posible que el lector, al recibir el relato día por día y en primera persona, sienta una angustia similar a la que Sebastian y otros muchos experimentaron en el proceso. Desprovisto del carné de periodista ya en 1938, lo echan de su casa y debe buscarse otra vivienda, mientras se entera de la confiscación de inmuebles y las deportaciones y matanzas. Debe pagar con dinero, con objetos, con trabajos (paleo de la nieve), mientras es despojado de su matrícula de abogado y su empleo oficial, del teléfono y la radio (la música, tan esencial en su vida, ha de escucharla en casa de amigos o en algún concierto en vivo). Le racionan la comida, no puede contratar sirvientes y recibe insultos callejeros. Vive de dar clases a niños judíos y estrenar obras que firman terceros con pseudónimos, gentes de confianza que le cobran sus derechos de autor.

Su inercia ante el mundo no redundaba en indiferencia ante la historia y aquí es posible que el lector redoble su angustia al ir anotando, también día por día, los progresos del nazismo en la Europa prebélica y luego, en la guerra, hasta octubre y noviembre de 1942, cuando se advierte que el Eje empieza a ser derrotado, en especial a partir de febrero de 1943, con la rendición del Sexto Ejército alemán ante las ruinas de Stalingrado.